

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

INAUGURACION DE LA NUEVA SEDE
—
SESQUICENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE
BARTOLOME MITRE

DISCURSO DEL PRESIDENTE
Dr. RICARDO R. CAILLET-BOIS

BUENOS AIRES

1 9 7 1

INAUGURACION DE LA NUEVA SEDE
-
SESQUICENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE
BARTOLOME MITRE

Sesión pública N° 914 de 22 de junio de 1971

El martes 22 de junio la Academia Nacional de la Historia, celebró una sesión pública en homenaje al general Bartolomé Mitre, en el sesquicentenario de su nacimiento. Con esta solemne sesión inauguró su nueva sede de Balcarce 139.

El acto fue presidido por el Excmo. Señor Presidente de la Nación, Teniente General Alejandro Agustín Lanusse, asistiendo además el Excmo. Señor Ministro del Interior Dr. Arturo Mor Roig, el Subsecretario de Cultura, Prof. Horacio I. Carballal, autoridades nacionales, militares, titulares de las Academias Nacionales, diplomáticos y numeroso público.

Estuvieron presentes los Académicos de Número, señores: Miguel Ángel Cárcano, Enrique de Gandía, Guillermo Furlong, S. J., Ricardo Piccirilli, Humberto F. Burzio, Leoncio Gianello, Augusto G. Rodríguez, Ricardo Zorraquín Becú, Armando Braun Menéndez, Edmundo Correas, Bonifacio del Carril, Julio César González, José M. Mariluz Urquijo, Ernesto J. Fitte, Guillermo Gallardo, Leopoldo R. Ornstein, Augusto R. Cortazar, Raúl de Labougle, León Rebollo Paz, Julio Irazusta, Carlos S. A. Segreti, Andrés R. Allende y Víctor Tau Anzoátegui. Asistió también el Académico Correspondiente en Entre Ríos, profesor Oscar F. Urquiza Almandoz.

El Presidente de la Corporación, abrió el acto, con las siguientes palabras:

**DISERTACIÓN DEL PRESIDENTE DOCTOR
RICARDO R. CAILLET-BOIS**

Al declarar abierta la sesión N° 914 de la Academia Nacional de la Historia, me es particularmente grato darle una cordial bienvenida al Excmo. Señor Presidente de la Nación, en nombre del Cuerpo que tengo el honor de presidir. Su presencia nos honra y constituye al mismo tiem-

po un poderoso estímulo para redoblar los esfuerzos en pro del progreso de la Institución.

Al mismo tiempo expreso el sentir de mis honorables colegas al dejar pública constancia de nuestro sincero agradecimiento al Excmo. Señor Ministro de Bienestar Social, D. Francisco G. Manrique, a Su Excelencia el Señor Secretario de Promoción y Asistencia de la Comunidad, Dr. Omar Lima Quintana y a S. E. el Señor Secretario de Vivienda, Arq. D. Federico Ugarte, gracias a los cuales y a su decidido apoyo a la Academia, ésta ha logrado el recinto acorde con su importancia. Y esto significa además que aquello que el Dr. D. Miguel Ángel Cárcano, nuestro querido colega y ex Presidente inició con singular éxito, sea ahora una hermosa realidad, realidad que le permite a la Academia desarrollar su acción científica y cultural con el correspondiente margen de holgura. Dr. Cárcano, permítame pues, felicitarlo una vez más por su feliz iniciativa.

En 1864, en un 2 de mayo, un ciudadano —“algo encorvado, nos informa Octavio R. Amadeo— ancha frente estrellada, firme nariz de capitán, ojos glaucos ausentes”, con su inseparable y ya clásico chambergo y un habano no menos irremplazable, penetró en este recinto acompañado por altos funcionarios del Gobierno; era el Presidente de la República. Venía expresamente a inaugurar la nueva sede del Congreso Nacional, recientemente construida por el arquitecto Jonas Larquía.

Aquel presidente era D. Bartolomé Mitre, varón insigne, héroe de la democracia americana e ídolo del pueblo que se congregaba a su alrededor para victorear su nombre.

Su destino habría sido otro de no haber existido años antes un dictador al frente del país, pues “a causa de él —confesó— he tenido que vestir armas, correr los campos, hacerme hombre político, y lanzarme a la carrera impetuosa de las revoluciones sin poder seguir mi vocación literaria”.

Si para él el destino lo había hecho cambiar de derrotero, para la Nación, ese cambio constituyó una bendición.

Joven aún empuñó las armas y en vísperas de participar en un combate de gran importancia, el padre creyó necesario hacerle llegar una misiva de estilo espartano:

Espero que sabrás llenar tu deber; si mueres habrás llenado tu misión, pero cuida de que no te hieran por la espalda. Después de perderte, lo que puede suceder y para lo que estoy preparado, consolará el resto de mi triste vida la memoria honrosa que espero que me legues. Adiós, hijo querido; tú eres mi esperanza.

Artillero en el sitio de Montevideo y en Bolivia, regresó al Plata para intervenir en Caseros donde le cupo una honrosa participación. No fue un político de aquellos que se parapetan tras cómodos sillones; no esquivó

el peligro; estaba acostumbrado a afrontar y jugar su destino. Al producirse el sitio de Buenos Aires por el coronel Hilario Lagos, la ciudadanía no reaccionó inmediatamente y la ciudad, inerme, parecía ser presa fácil para el atacante. Pero no pensaba así aquel joven jefe, que, trocando su ropa de civil por la de militar, y al frente de "noventa corazones generosos de noventa guardias civiles", llegó al Retiro, rechazó a las patrullas sitiadoras y estableció sobre base firme la defensa de la Patria.

Designado Jefe del Estado Mayor de la Defensa, el 2 de junio de 1853 practicaba un reconocimiento del sector de ataque en la zona limitada por las calles Caseros y Montes de Oca, que pudo serle fatal pues descubierto por tiradores pertenecientes a las fuerzas sitiadoras, éstos centraron sobre el grupo un fuego graneado. Mitre, que seguía impávido el combate desde a caballo, recibió un balazo felizmente amortiguado por la escarapela del kepí, pero que sin embargo le fracturó el cráneo; operado con toda urgencia se extrajeron fragmentos óseos que presionaban la masa encefálica.

En 1855 desempeñando el cargo de Ministro de Guerra, fijó su atención en la frontera y en la lucha contra el salvaje del desierto, teatro de operaciones totalmente nuevo para él y en donde no logró recoger los éxitos que cabía esperar. En cambio puso fin a las invasiones de fuerzas revolucionarias que desde Santa Fe y Montevideo trataban de provocar el levantamiento de la campaña bonaerense.

Con el grado de General preparó la inevitable campaña de 1859; nada fácil resultó la tarea si se tiene en cuenta que debió luchar y convencer a sus mismos subordinados para lo cual a menudo recurrió a la persuasión. El episodio con el general Hornos que quería renunciar por creer inapropiada e innecesaria la instrucción militar europea, lo llevó a Mitre a expresarle por escrito esta frase: "Estoy pronto a cederle el mando en jefe y obedecer sus órdenes, que para mí es lo mismo mandar que obedecer". Considero innecesario decir que el general Hornos desistió de su actitud.

Vencido en Cepeda, el 11 de noviembre se firmaba el célebre Convenio de Unión o Pacto de San José de Flores. Buenos Aires volvía a integrar la gran familia argentina. Mitre deja las tareas militares y se entrega a los problemas de organizar la Convención que estudiaría la reforma de la Constitución de 1853. Pero estaba escrito que la fusión no era suficientemente sólida y Pavón lo demostró.

Sin embargo, Mitre no sintió fruición, deleite, o como quiera llamársele, por la guerra. "La guerra me repugna como medio brutal —dijo—, y sólo puedo aceptarla como una necesidad... Nunca he cifrado la gloria en los más o menos lanzazos que un hombre puede dar en su vida... sólo siento verdadera y profunda simpatía por la verdadera y hermosa gloria que se conquista el hombre de Estado o el ciuda-

dano influyente en los destinos de su país, haciendo sin violencia la felicidad de sus compatriotas, y ahorrándoles dolores y sacrificios". Ese sentimiento lo demostró en el proceso seguido antes de librar la batalla de Pavón, y después de ella cuando lo incitaban desde Buenos Aires a proseguir la campaña contra Urquiza. Político hábil, y estratego sereno y dúctil, puso en evidencia el respeto que le inspiraba el adversario. Surgen así de su pluma conceptos claros y justos cuando refiriéndose al vencido en Pavón dice: "La actitud pacificadora del general Urquiza constituye un gran servicio a la Nación... La gloria del general Urquiza permanecerá inmaculada y la estrella de Caseros lucirá aún más brillante".

Antes de Pavón fijó su opinión sobre la tarea que tenía que enfrentar, diciendo: "tenemos que evitar la mala voluntad de los que no están con nosotros y las torpezas de los amigos, lo que impone proceder con la mayor cautela para no exaltar la petulancia de los que quisieran llevarnos a lo irracional".

Era cáustico en sus reflexiones, pero sólo se franqueaba así con personas de su confianza: "El nuevo redactor del *Nacional* ha resultado una especie de pollino, del cual tiene toda la gravedad. Escribe largo y feo, hace dormir a los que ven sus chorizos y rabiarse a Gelly, que creo que es el único que los lee y les da más importancia que a la cuestión de Italia".

Con Pavón se cierra el proceso de la Unión Nacional, de la cual Urquiza y Mitre han sido sus artífices.

1862. Mitre ha sido electo Presidente de la Nación. Afronta una montaña de problemas internos y de complicaciones externas con una serenidad ejemplar, sin perder jamás su sangre fría, asentado sobre los principios que constituyen su guía más segura. Durante dos años de paz, el país salió del marasmo en que lo postraron las guerras civiles. La ciudadanía se sintió protegida, amparada. La Nación estaba en marcha.

Su preocupación principal era la de consolidar la unidad nacional. La instrucción pública lo mismo que para Urquiza, ocupó el primer plano en los proyectos del Gobierno. Sólo que con Mitre, además de brindarle éste un apoyo masivo, bautizó a los establecimientos secundarios con el nombre de "Colegios nacionales", es decir un calificativo que representaba la ruptura de localismos excesivos para dar paso a la formación de una conciencia nacional.

Para alcanzar la meta era menester la paz. La paz "es para el pueblo, y lo que se busca es que el pueblo esté contento. Ésta es la gran fuerza que vence al fin todas las resistencias aisladas".

Sus actos no contradicen sus palabras.

Hizo frente a las desorbitadas actitudes de altos funcionarios públicos que creían tener plena libertad para criticar los actos del Gobierno

al cual pertenecían. Pero cuando debió enmendar los yerros en que así incurrierán hasta sus propios amigos, lo hizo con altura, con dignidad, censurando sin agraviar.

Pese a todo, dedicaba algunas horas de su bien ganado descanso a su pasión favorita: el estudio de la historia argentina y la biografía de los grandes héroes; lo hacía así porque era su natural inclinación y porque quería brindarle al pueblo la fuente de donde había surgido la nacionalidad, y, la heroicidad de quienes habían acometido la tarea de hacerla y defenderla.

Su palabra medida, su voz “sonora de poco volumen pero de contagiosa simpatía; la frase se rompía reventando como una ola de encajes luminosos que arrebatava a los auditorios ardientes de su época”, se sintió en este recinto en 1864, el último año de paz de su histórica administración. En esa oportunidad, aprovechó la apertura del Congreso para hacer oír a los dos partidos su opinión: “tuve la fortuna de que me escucharan y que ante el bien de la Patria y de mantener la paz y la libertad que disfrutamos, hicieran abdicación de sus pasiones y se restableciese la unión y la concordia entre todos”.

No cree necesario intervenir en la cuestión del Pacífico donde los españoles enfrentan a peruanos, bolivianos y chilenos: “Debemos ser neutrales en esta cuestión —dijo—. Por otra parte es todo lo que podemos ser; pero ello no obsta para que como neutrales protestemos como Nación culta y americana contra el insólito proceder de la España, como protestamos antes. Argentinos ante todo, el Gobierno no dejará de ser americano y buen vecino”.

No cree en una agresión del tirano paraguayo. Tan es así, que no hay ninguna medida de gobierno, ni una carta confidencial que desmienta esta aseveración.

No entraré a replicar el error de ciertos escritores que guiados por diferentes motivos censuran a Mitre y elogian a Solano López. Efraím Cardozo, el talentoso e imparcial historiador paraguayo, ha puntualizado al respecto la vesánica ambición del tirano paraguayo que desoyendo los sabios consejos de su padre se creyó llamado a ejercer un contralor político internacional en el Río de la Plata. Esos escritores olvidan que en 1810, en 1832 y finalmente en 1865 la Argentina fue agredida e invadida por el Paraguay. A Mitre, como lo ha dicho el doctor Juan Pablo Oliver, no le quedó otra alternativa que desenvainar la espada y defender el territorio nacional. Con una pequeña diferencia que no pierde actualidad. La Argentina no estaba preparada para esa guerra. El Paraguay, sí lo estaba. Mitre no buscó la alianza brasileña. Hizo más: no la aceptó en un principio. Cambió el día en que el Tirano paraguayo invadió el territorio argentino haciéndose eco de ese modo de las incitaciones del Partido Blanco uruguayo. Para Mitre, su obligación de

soldado y de patriota era repeler al agresor. Tenía autoridad moral; fue a la guerra por necesidad, "a vengar una ofensa gratuita".

Quienes piensan en forma distinta pretenden enjuiciar a Mitre no por razones documentales sino por odio al liberalismo y por alinearse en determinadas corrientes de ideologías políticas.

Luego de Curupaity se asistió al levantamiento federal del interior que estaba más dispuesto a combatir a Buenos Aires que al invasor del territorio nacional. Lo peor fue que aquellas trágicas e indefendibles montoneras resultaron ser las fuerzas de choque de países fronterizos que mediante ellas procuraban ensanchar sus límites territoriales. ¡Y hoy se asiste a la defensa de quienes fueron los sirvientes de apetitos extranjeros en lugar de atacar la nefasta y rastrea política montonera!

Ejerció el mando de los ejércitos de la Triple Alianza y lo hizo con el aplomo, la habilidad y el espíritu tesonero que le era habitual. No fue tarea fácil armonizar el carácter guerrillero y levantisco de un Venancio Flores, el espíritu de un Porto Alegre y la rebelde actitud del Vizconde de Tamandaré. Pero como era enérgico y andaba "más arriba del agravio y del rencor" supo vencer innecesarias resistencias: "De estos males, de estos abusos, de estos dolores, y de estos peligros, cuya existencia es visible, todos somos solidarios y todos somos razonables".

Al reasumir el mando después de la inesperada muerte de su querido amigo, Marcos Paz, se enfrentó con una difícil situación financiera; la gestión de Mitre fue altamente provechosa para las finanzas nacionales disminuyendo sensiblemente los atrasos en los pagos y el monto de las deudas contraídas.

Al concluir su mandato el pueblo porteño le brindó su apoyo para ocupar una banca senatorial. No fue el parlamentario pasivo que cumple su período cobrando su dieta. Mitre está presente en todos los principales debates. Pese a ser un opositor al gobierno de Sarmiento, cuando la errónea política exterior seguida por Varela, ministro de Relaciones Exteriores, concretada en la conocida frase de: "La victoria no da derechos", casi provocó un conflicto con el Brasil, Mitre fue llamado para remediar la gravedad de la situación. Puso entonces, una vez más su ductilidad, su paciencia, su capacidad diplomática, su espíritu de observación y el conocimiento psicológico que tenía de los antiguos aliados. Logró así salir airoso y le evitó al país una contienda para el cual no estaba preparado.

1874. Al estallar la revolución que él, finalmente, debió acaudillarla, vencido en La Verde se entregó para evitar un mayor derramamiento de sangre. Condenado a la pena de muerte, ésta le fue conmutada por la de destierro y luego por la de absolución "por sus gloriosos antecedentes e importantes servicios a la Patria". En esa oportunidad quedó demostrada una vez más su entereza. "Nunca he contado con la gene-

rosidad de nadie. Me he lanzado a cumplir un deber sagrado, afrontando todas sus consecuencias como tú sabes", le escribió a su esposa.

Finalizaba la presidencia de Avellaneda, y se enfrentaban las candidaturas de Roca y Tejedor. En un ambiente tenso, cargado de amenazas, el Parlamento celebraba el 7 de mayo de 1880 una sesión de indiscutible importancia. Los parlamentarios conciliados, reconocían como jefe al general Mitre. Los rifleros provinciales a las órdenes del coronel Montaña ocupaban las galerías de este recinto "y lo hacían sin disimular sus armas"; en un momento dramático, en plena sesión, el diputado correntino Rivera, "hombre nervioso y violento" protestó por el resultado de una votación y poniéndose de pie gritó a las galerías ocupadas por los rifleros: "¡Ya es tiempo!" En ese instante, Mitre que ocupaba una banca en la primera fila baja saltó "rapidamente sobre ella y parado cuan largo era, con sus largos brazos abiertos hacia uno y otro lado de la barra, como quien contiene a alguien", exclamó: "¡No es tiempo todavía!" y Felipe Jofre, de quien tomo la versión, añade: "Sólo un hombre tan prominente como el general Mitre pudo con su patriótica actitud detener la borrasca que amenazaba al Congreso en tan crítica emergencia. Tan sólo él, con su gran autoridad moral, pudo salvar al país del horrible espectáculo de un Congreso disuelto a balazos".

Pasan meses y años. Grandes acontecimientos han tenido lugar en el país: la Revolución del 80, la de 1890, la caída de Juárez Celman... Luego la alianza política con Roca teniendo como base la fórmula Mitre-Uriburu, fórmula de escasa duración puesto que Mitre poco después renuncia a integrarla.

Su prédica está claramente expresada en una carta que dirige a Bonifacio Lastra y a Juan Carballido, el 5 de mayo de 1885 y en la que incita a formar la conciencia pública para que los partidos "no apelen a los medios violentos para reivindicar sus derechos desconocidos, mientras puedan ejercer uno solo de ellos, pues las revoluciones de partido, además de no ser soluciones, serían estériles cuando no funestas en la situación que atravesamos".

En el orden internacional estaba convencido que el mantenimiento de la paz exterior era imprescindible para la República a fin de que el progreso de ésta no sufriera ni un retroceso, ni un estancamiento.

Colaboró, en consecuencia, para resolver el problema de límites con Chile.

En resumen, Mitre fue un patriota prudente, moderado (hasta el límite que le imponía la dignidad de la Nación), generoso, leal para con sus amigos y aun para con sus adversarios; polemista, demostró poseer la esgrima necesaria para que sumada a su verdad, pudiera anular los argumentos enarbolados por sus contrincantes, como ocurrió con Mármol y con Vicente Fidel López; defendió la soberanía argentina aun en las zonas más apartadas, en las cuales él fue el primero en echar los fun-

damentos de nuestro dominio (como ocurrió en el Chubut); o brindó apoyo al arriesgado marino que defendía nuestra soberanía en el lejano sur, Piedrabuena. Simple ciudadano, sin mando militar desprendido del prestigio que otorga el poder político, sin embargo el pueblo iba a su encuentro en busca de su héroe, de aquel que representaba la prolongación en el tiempo de la gesta de 1810; de aquel que había narrado dicha gesta con mano maestra; de aquel que dio prestigio a la Patria entre las naciones civilizadas; de aquel que haciendo gala de una reserva y una prudencia ejemplar negoció diplomáticamente con los ases de Itamaraty; de aquel que no ocultando sus motivos de disidencia estaba pronto para aceptar las soluciones pacíficas.

Pero no es posible referirse a Mitre sin destacar lo que la cultura le debe. Era un erudito que comenzó a elaborar en silencio y sin darse tregua las obras que le dieron justa fama. Publicada una de ellas, amasada con amor y con probidad ejemplar, no se daba por satisfecho. Seguía hurgando, tratando de aclarar aspectos y actitudes que no estaban satisfactoriamente explicados. Carbia ha dicho que es un corrector y un perfeccionador de sí mismo. Es decir que es un revisionista en el verdadero sentido de la palabra.

Su *Historia de Belgrano* alcanza cuatro ediciones, cada una de las cuales contiene modificaciones y adiciones importantes. Corona esta obra un capítulo que no puede dejar de citarse: la guerra social. Mitre no acepta lo aseverado por viejos cronistas; implacablemente somete a verificación sus aserciones. Sin embargo su obra más perfecta, la que representa mejor el caudal de conocimientos, la mejor por la aplicación de su espíritu crítico y la imparcialidad de sus juicios, es sin ninguna duda su *Historia de San Martín*.

1905. Un ciudadano transita por la calle San Martín, donde se halla su residencia. Habitualmente y en señal de profundo respeto y admiración las personas que caminan en sentido contrario, al enfrentarse con él no sólo se descubren sino que aun abandonan la vereda y descienden a la calle.

Aquel ciudadano, de cabellera larga, con su rostro "algo encendido en los pómulos", con una boca coronada por labios finos, era don Bartolomé Mitre. Falleció el 19 de enero de 1906; ese día pareció que la República hacía un alto en su marcha. La ciudad, presa de una congoja que no pudo disimular pareció preguntarse ¿es posible que haya muerto? Su deceso fue anunciado por la prensa mundial: *Le Temps*, de París, publicó una gran fotografía del busto del general, añadiéndole este comentario: "La atención y el respeto de un pueblo han velado junto a la cabecera del prócer"; en Italia el ministro Costa ordenó que una nave italiana concurrese con la bandera enlutada y que una delegación de su tripulación participase en el sepelio; el Gobierno de Londres se asoció al "duelo cruel que acaba de experimentar la Nación argentina por la muerte de su ilustre hijo".

Sí, ya no se oiría su voz de potencia tribunicia; ya no se escucharía su opinión sensata, digna, respetuosa y patriótica. Pero pese a los años transcurridos su figura podría ser aún objeto de atentados incalificables y la historia de su vida vilipendiada por quienes se han entregado a la tarea de destruir el culto a los varones ilustres, para dejar paso a falsos héroes.

Inútilmente. Mitre aún después de muerto sigue siendo el conductor de la ciudadanía; combatió con la espada y con la pluma en defensa de la libertad; y por conseguir la unión nacional su grandeza moral no anidó en su pecho ningún odio ni rencor; ha dejado una obra inmortal, sentencias y consejos que constituyen un precioso e inextinguible legado que la Argentina jamás echará al olvido.

Separata
del Boletín de la Academia Nacional de la Historia,
volumen XLIV, 1971

























